

JEF
GEERAERTS

TERCERA
CARTA
EN TORNO
AL AMOR
Y LA MUERTE
DIRIGIDA A
HUGO RAES

Amberes, a 21 de diciembre de 1968

Querido Hugo,

Son las dos menos diez y el sol desaparece ahora tras los techos, el decorado habitual se va poniendo lentamente gris, la niebla sube de las aceras, creo que está lloviendo, ¿se arrastrará la dulce nube de gas por sobre la ciudad, llenándome como ayer de una angustia extrañísima? De pronto pienso resentido en el resultado de tres días de febril maldecir: cinco mal armados modelos de barcos, todos ellos mitos de un periodo irremisiblemente ido que uno de estos días voy a echar a pique en el suelo de un martillazo: el HMS Hood, el HMS Warspite, el HMS Nelson, el Bismarck, el USS Maine. A ello hay que agregar que mis intentos por conciliar un sueño invernal fracasan por regla general: cada mañana a eso de las diez y cuarto salvo los domingos ha de despertarme la campana de cobre del cocinero de a bordo, tañido que llega aquí con toda nitidez escapándose de una absurda jornada de trabajo que ocho metros debajo de mí ha empezado hace ya horas: no le perdono ya al hombre esas intolerantes campanadas: hace aproximadamente dos años que, en un periodo particularmente difícil, hizo que un inminente orgasmo sincrónico escapara a mi control.

Y todo lo que estos días quiero emprender está frustrado de antemano: Bach y Vivaldi, en otras ocasiones el remedio infalible, me ponen sumamente nervioso con unos cuantos compases; fiel a su costumbre, la compañía local de cines ha seleccionado los regocijantes churros de vacaciones para la juventud del país y ni un solo western violento o película de vampiros; hace una hora mi caballo tuvo un sobresalto de miedo debido a un soplete encendido súbitamente en alguna parte de los trabajos de la carretera E-3 y me considero afortunado de haber llegado a casa ileso. Y conste que esto es sólo lo principal, no deseo hablar de la sensación física de apatía y vacío creador, ésta se debe sobre todo a los días de fiesta que se avecinan, el ambiente de los cuales me causa un sentimiento latente de enajenación, el único punto positivo es tal vez que ayer gracias a la lectura históricamente sostenida de 'Ana Karenina' creo haberme curado definitivamente de los llamados grandes clásicos, excepto de Shakespeare, y mientras espero atento el momento en que salten las salpicaduras de agua hirviendo de la jarra de espresso, miro por casualidad el calendario: 21 de diciembre... En el acto me siento atravesado totalmente por la dimensión cósmica de esta fecha, y además un *sábado!*, cuánto tiempo podrán dormir los belgas, se despertarán con un viva en honor de the longest night con una serie de fiestas en perspectiva, celebradas en el seno familiar con pavo o algún otro animal casero por todos los hombres de buena voluntad, mientras tanto la hermosa naturaleza espera confiada la primavera como en el famoso verso de Shelley.

Lo único que me resta en semejantes circunstancias, es correr tiritando por la ciudad hasta la Pocket Book Shop, o escudriñar en mis apuntes o tratar de escribir, pero para lo primero no tengo dinero y lo último me lo he sacado de la cabeza temporalmente. Quedan los apuntes. La mayoría de las veces son un modo casi seguro de despertar series de asociaciones que pueden ser fructíferas: las pequeñas frases sueltas, cogidas al aire, las manchas, la inclinación de la letra, el color de la tinta, las fechas, en aquel entonces importantes (y ahora ya no puede uno siquiera reír de las puntadas o se ha enfriado en uno el interés por la cuestión), es raro, estos fantasmas de momentos pasados para siempre, de inmediato asociados a la horrible reflexión de que la combinación no volverá a ocurrir nunca más (¿es que todo depende de esta suerte de oculto azar?) y en el mejor de los casos todo termina en un sentimiento más o menos artificial de nostalgia, en el que es delicioso refugiarse, desembocando probablemente en ríos de alcohol y en la serie de asesinatos que deben ser cometidos de urgencia.

Por fortuna esta vez no es tan negativo y por último cae mi mirada sobre algo que he escrito en El Cairo hace más de tres años:

*De pronto agudo grito tras el muro que rodea la mezquita
el desvuelto chofer de taxi*

Mimoun-hachis

Gazza

4 de abril de 1965

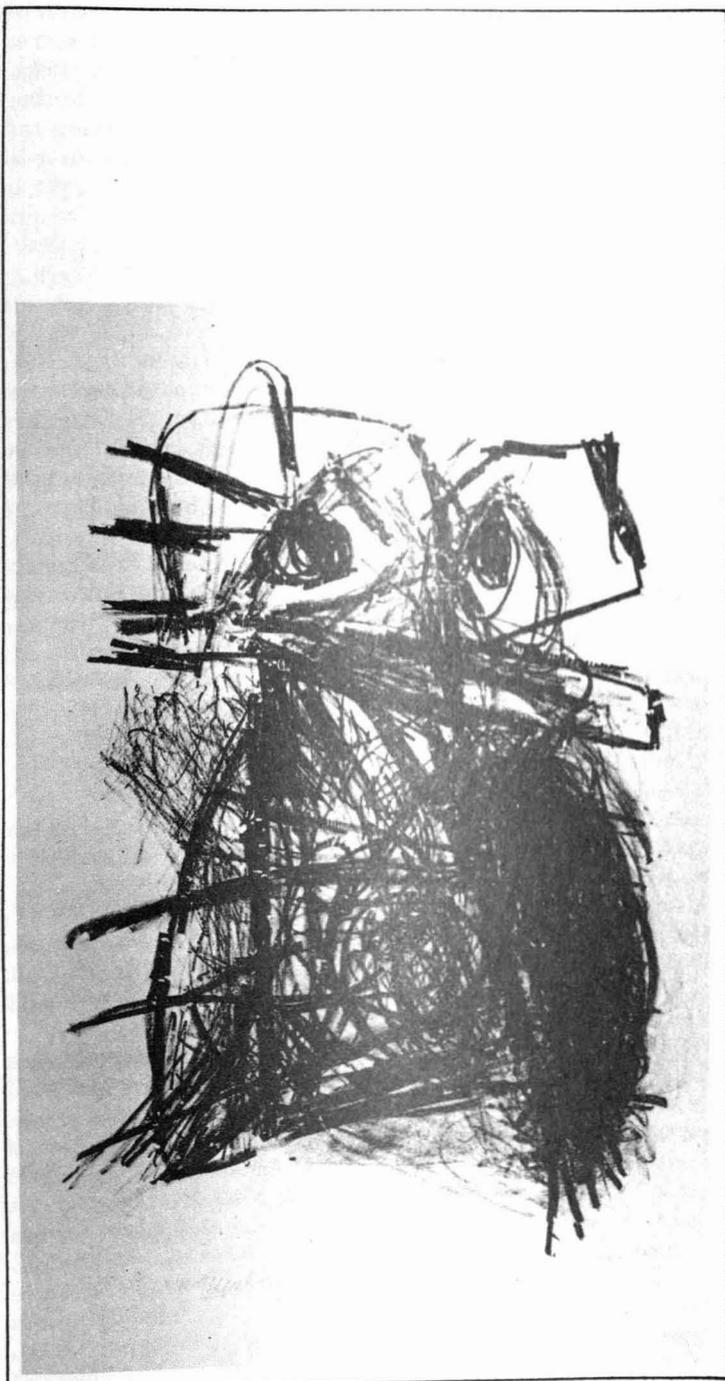
Y al minuto siguiente me hallo de nuevo en Egipto. No sé por qué, pero regularmente me escapaba de El Cairo e iba a Gizeh. ¿Qué me fascinaba en este lugar? Probablemente tenía algo que ver con asociaciones históricas.

Por casualidad cierto día a principios de abril de 1965 conocí allí junto a las pirámides a un criador de caballos, un tal Mimoun, y gracias a ciertas observaciones técnicas de mi parte sobre sus caballos, me invitó a 'to have a look at my horses in hoasis El Ahrr, it's about three hours on horseback through the desert, you are a lucky man, I'll give you Sjahrim, a fine stallion, come on, I was just about to leave'.

Yo creía haber montado en Europa caballos fogosos hasta el momento en que Mimoun me dio las riendas de una bestia espléndida que giraba dando saltos con blancas y encrespadas crines, sobre el lomo una extraña silla en forma de tazón bordeada con clavos de cobre y los estribos moros colgando de correas trenzadas. Mimoun miró desdeñosamente mis pantalones de montar y me dio un par de espuelas oxidadas que yo me puse y cuando por fin me hallaba sobre la silla y tenía entre las rodillas un haz trémulo de músculos y nervios, Mimoun se balanceó en el

Jef Geeraerts (1930) ■ Por algún tiempo trabajó en el antiguo Congo Belga. A su regreso a Bélgica, describió sus experiencias en novelas y cuentos. Su novela Gangrena I le valió el Premio Nacional de Literatura. Algunas de sus obras: No soy más que un

negro (novela, 1962), Sin clan (novela 1965), Gangrena II (novela 1962). El presente texto proviene de sus Diez cartas en torno al amor y la muerte (1971).



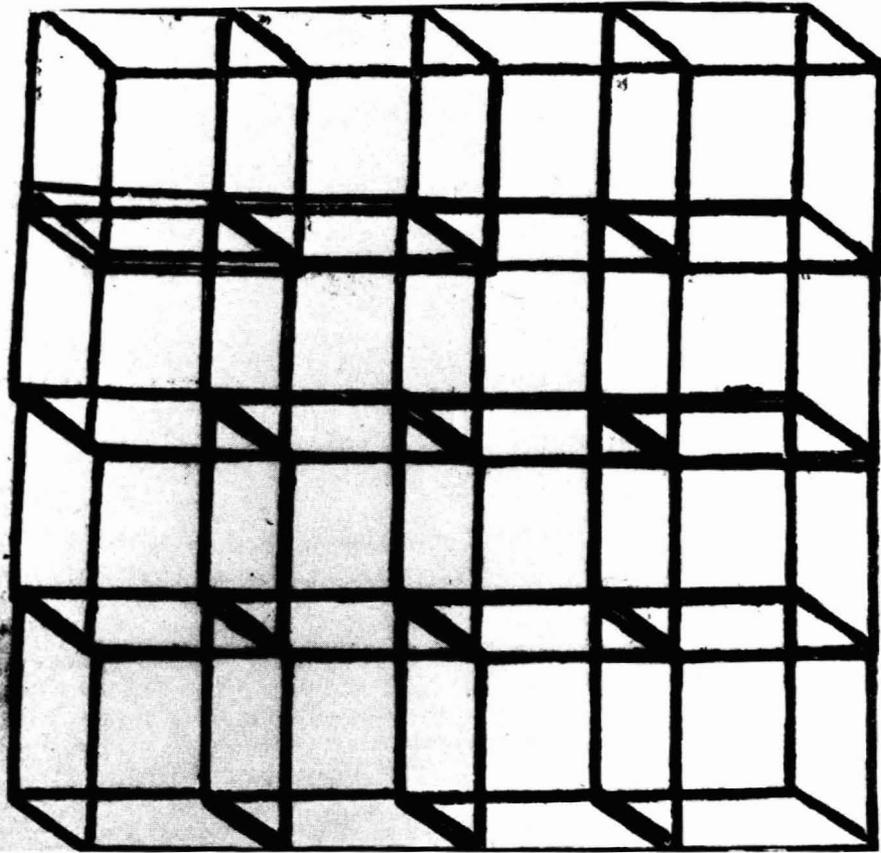
Karl Appel

aire agarrándose flojamente de las crines de otro caballo, un blanco agrisado, que siguió mordisqueando impávido su brida, y con una seña de que yo jalara más alto la barra, avanzamos a un trote sostenido con las riendas tirantes por las callejas de Gizeh, de adobe chamuscado por el calor, cuarenta siglos de historia nos contemplaban, Mimoun cabalgaba como un rey, una mano sobre la rodilla, la espalda erecta, los pies apuntando hacia adelante, bronceado, sonriente, los caballos trotaban resoplando con contracciones nerviosas en la grupa, el cuello arqueado, las orejas hacia atrás, estremeciéndose a veces como si tuvieran frío. Mimoun me había prestado un paño para la cabeza y un albomoz y me había advertido que Sjahrim siempre se encabritaba primero, daba una vuelta completa sobre las patas traseras, y después de una pequeña cabriola se echaba a correr a galope tendido hasta que se cansaba lo suficiente como para escuchar estribos y piernas. Ese día hice la cabalgata más formidable de mi vida en el escenario más formidable para cabalgar, y una de las pocas cosas que me he propuesto firmemente, es ir otra vez una semana a Gizeh, sólo para dar largos paseos por el desierto al lomo de un pura sangre árabe.

Sjahrim era el caballo en que todo jinete sueña, fogoso, espantadizo, con un galope enérgico pero al mismo tiempo increíblemente rápido y flexible, era como si sus músculos se balancearan sobre muelles engrasados, ese caballo sencillamente no tocaba el suelo, mantenía la cabeza estirada y casi inmóvil, uno se quedaba como petrificado en la silla y una hora después él obedecía a la menor señal como un caballo de circo, y en el oasis El Ahrr, donde a la menor presión de pantorrilla y estribo ejecutó las clásicas gracias de adiestramiento, lo abracé después y cuando él suavemente relinchó y empujó el hocico contra mi cabeza, casi no pude reprimir las lágrimas. Es probable que Mimoun se haya dado cuenta, me dio una palmada en el hombro y dijo con una mueca: 'Horses are much better than men. I love horses!'

Después de haber visto los caballos, que acudían trotando y relinchando al agudo silbido de Mimoun, una manada de aproximadamente treinta animales, fuimos a reposar un poco en una casa blanca y fresca, y una mujer vestida de negro y velada nos sirvió galletas de miel y té en unas tacitas diminutas. Ciertas cosas las recuerdo con toda claridad: la combinación de las galletas dulces con el té acerbo y pajoso daba prueba de una civilización milenaria, afuera había hecho un calor sofocante pero yo no sudaba bajo el grueso albomoz, al contrario, me sentía fuerte, joven, tranquilo, contento como antaño en el Congo al sol y al viento de la sabana.

Después de las golosinas volvió a aparecer la mujer y entregó a Mimoun un narguile y un platillo con brasas ardiendo que él atizó con cuidado, con una cucharilla puso unas brasas en la cazoleta, probó para ver si jalaba bien y luego sacó de su albomoz algo que puso cuidadosamente sobre el carbón, luego aspiró varias veces



profundamente, poniendo la mano como una pantalla sobre la cazoleta del narguile, mantuvo el humo con los ojos cerrados largo tiempo en los pulmones y lo dejó salir lentamente. Después de haber hecho a un lado el narguile, se quedó sentado mirando al frente con los ojos muy abiertos y cuando le pregunté por qué fumaba hachís a esa hora tan temprana del día, respondió con una estridente carcajada: 'We men need this stuff in order to jig-jag our wives, so the thing will *stay* like a piece of wood all the time hahaha!'

Yo reí también, pero en ese momento pensé que él usaba *stay* como un eufemismo un tanto temerario.

Al día siguiente me dolían los músculos de la espalda por la cabalgata mientras caminaba por un barrio alejado de El Cairo a lo largo de un cementerio. La calle era un polvoriento carril lleno de baches y aquí y allá pilas de basura. Los transeúntes eran flacos y sucios con el tradicional pijama rayado, indumentaria que despoja al hombre de toda dignidad, y miraban con recelo mi cámara fotográfica. El fin de la calle parecía ser también el límite de la ciudad pues más allá había un terreno pedregoso y árido que se extendía a una distancia de varios kilómetros, hasta una parda cadena de montañas vaporosas. En una esquina había una mezquita destaralada con un patio interior amurallado. Noté que todo mundo cruzaba la calle a la altura de la mezquita y al pasar yo junto a ella vi a dos gordos sacerdotes islamitas de pie junto al portón que me miraban con tal odio contenido en los ojos, que empecé a sentirme incómodo. Acababa de pasar cuando de pronto oí detrás del muro un grito de mujer agudo y sostenido, que terminó en un lamento lastimero, después del cual volvió a oírse un segundo grito y segundos después un tercero. Sentí un escalofrío y me detuve a escuchar, porque en esos gritos había angustia y dolor inhumanos y rebeldía contra algo horroroso, pero entonces llegó corriendo uno de los sacerdotes y con los puños apretados empezó a lanzar pestes en árabe contra mí y a empujarme de la calle. Los transeúntes se detuvieron y sentí instintivamente que la situación se volvía peligrosa. Sin dejar de maldecir y empujarme el

sacerdote me acompañó hasta cierto punto y allí se separó de mí con un último insulto, se dio media vuelta con indiferencia y regresó a la mezquita, después de lo cual los pasantes hicieron como si yo no existiera. Comprendí que había cometido una grave infracción contra un precepto que me era desconocido y que además tenía que ver algo con la religión.

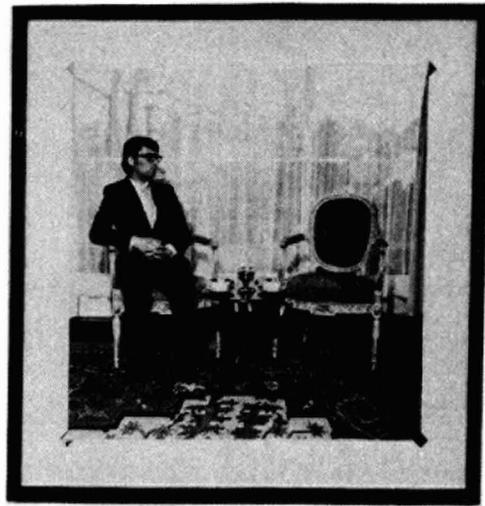
El asunto siguió intrigándome y decidí contárselo a François. François era el taxista al que yo mandaba llamar de preferencia para que me llevara del hotel a la ciudad. En tiempos del rey Faruk sus padres habían sido propietarios de la casa de modas más importante de El Cairo, pero después del ascenso del coronel Nasser el negocio fue naturalmente clausurado, François había gozado de una educación privilegiada en París, pues el francés era la lengua de la élite egipcia, élite que ahora vive en el extranjero o se empobrece bajo un régimen al que aborrece en silencio como a la peste. Por eso François tenía que ganarse la vida como chófer de taxi, lo que por otra parte hacía al estilo de un gran señor y con un desprecio total por los reglamentos del tráfico.

Cuando le relaté lo sucedido junto a la mezquita, se detuvo en medio de la agitación de la ciudad, volvió la cabeza y exclamó con los ojos llenos de fuego: 'ça, monsieur, c'est un des plus grands problèmes de toute l'Egypte! . . .' y me invitó a ir esa noche a un bar para hablar tranquilamente del asunto.

Esa noche, Hugo, me enteré de una de esas cosas increíbles que de pronto ensanchan nuestra visión, pero que por supuesto son cuidadosamente omitidas en los folletos turísticos, los libros de historia y las fuentes de información oficiales. Comprobé una vez más que las religiones y los poderes establecidos en todas partes confabulan sistemáticamente para esclavizar a los pueblos en los campos en que de vez en cuando se tiene la posibilidad de ser uno mismo en tanto que individuo.

El problema se presenta con tal sencillez en su refinada abyección, que en pocas frases puede ser expuesto con toda claridad:

1. Con el propósito plausible de preservar su inocencia, toda



muchacha egipcia de más o menos nueve años de edad será circuncidada con un objeto afilado, es decir que por medio de una operación le cortarán el clítoris y parte de los tejidos que lo rodean, óyeme bien, sin anestesia. Dicha práctica puede juzgarse pintoresca o bárbara, pero eso no basta para explicar por qué a una mujer egipcia no le está permitido conocer el placer sexual durante toda su vida. Sin embargo, la religión nos suministra a este respecto, como siempre, una explicación satisfactoria. El prelado Hassam El Mamoun, el mufti de Egipto, el más autorizado intérprete de la ley, dice en efecto lo siguiente: "La secta de los Jaféatas afirma que la circuncisión de la mujer es un *deber*, la secta de los Hanbalitas que es una *costumbre tradicional* grata a Alá. Esta opinión es compartida por los Hanefitas y los Malequitas. Se basan en un texto del Profeta, contenido en el 'Hadith de Omm Atheya', las costumbres anteriores a la existencia del Islam. El texto dice: 'No ejecutes el 'Tanhaky' de manera demasiado radical, así es mejor para la mujer'. Puede afirmarse en consecuencia que la circuncisión de la mujer forma parte de las costumbres del Islam. Y el conocimiento perfecto corresponde sólo a Alá.

Estos Textos Sagrados suenan irritantemente académicos e inofensivos, pero por desgracia sus consecuencias lo son mucho menos, porque

2. Por esta operación, que sí es ejecutada radicalmente, las posibilidades de alcanzar un orgasmo se vuelven muy escasas, tanto más cuanto que la intervención, a menudo torpe, lesiona la mayoría de las veces el centro nervioso sumamente sensible que rodea al clítoris. Eventualmente y con el comercio sexual algunas mujeres pueden sentirse estimuladas vaginalmente, pero de esta manera el clímax se alcanza con mucho mayor lentitud que por medio del clítoris, si es que se alcanza.

3. El hachís tiene la propiedad de mantener el pene largo tiempo erecto, aun después de la eyaculación, de modo que en la mayoría de los casos el uso del hachís por el hombre es el único recurso que le queda a la mujer de alcanzar eventualmente el orgasmo.

4. El uso del hachís está legalmente prohibido en Egipto.

El aullido animal que aquel día de abril de 1965 se elevó en un lejano barrio del El Cairo era el grito de protesta de toda la humanidad contra la hipocresía de todas las religiones, anunciador de los alaridos de odio y venganza que se escaparán durante la Gran Rebelión, cuando las religiones y los sistemas que ellas han mantenido en pie por instinto de conservación, perecerán sangrientamente decapitadas, la única rebelión en la que aún puedo creer, pues sólo ella será capaz de liberar al hombre del estigma de incontables generaciones.

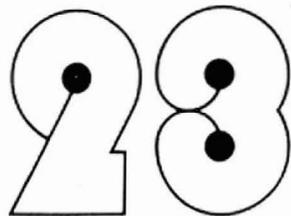
Gracias a un puro azar (el comentario malicioso de Mimoun, los gritos de angustia y dolor de las muchachitas en la apartada mezquita, la reveladora conversación con François) había yo

descubierto una perspectiva nueva en una cuestión que a nosotros, Hugo, siempre seguirá apasionándonos, quiero decir, la accidentada marcha del hombre hacia la libertad, la pureza y el conocimiento profundo.

Pero ya algunos años antes, en 1955, había sido, también por azar —del cual la vida parece consistir principalmente— testigo de una ceremonia en el Congo que en la lengua ngwandi se llama *Gazza* . . .

Debe haber sido en enero o a principios de febrero, porque recuerdo que el aire estaba seco y cargado de electricidad, la sabana agostada, los nervios tensos, periodo propicio para la violencia gratuita y la angustia astral. El pueblo en que me encontraba se llamaba Bili, pero ya no recuerdo exactamente el porqué de mi estancia. Las noches de la estación seca son frescas y las estrellas parecen en ese tiempo más cercanas que en otras ocasiones. Después de la cena iba a sentarme afuera en una silla plegable indígena junto a una fogata, principalmente para contemplar las flamas, poner más leña y de nuevo contemplar las flamas. Y una noche comenzó de pronto, sin que hubiera luna llena, a sonar el tam-tam. Eso en sí ya era poco común, pero el ritmo lo era aún menos. Primero unos golpes lentos, sordos y pesados, que se apresuraban hasta alcanzar un tiempo vertiginoso para luego disminuir otra vez y dilatarse, oleaje extremo y fascinante. Me quedé escuchando hasta que cantó 'el gallo que miente', o sea alrededor de las tres de la mañana. Al día siguiente pregunté en el pueblo qué significaba ese tam-tam, que aún no cesaba de resonar. *Gazza*, me respondieron cuando seguí insistiendo porque reaccionaron un tanto huraños, y también explicaron lo que quería decir, y cuando yo dije que me gustaría presenciar una ceremonia semejante, asintieron molestos, pero prometieron avisarme, uno o dos días más tarde, cuándo exactamente, no lo sabían, pero de seguro no sería en la noche.

La *Gazza* es una danza mágica ejecutada por muchachas jovencitas bajo el efecto de estimulantes que las ponen en trance. Sin comer ni beber, danzan día y noche sin un solo momento de descanso, y cuando lleno de curiosidad acudí a Gburutu, el pueblo donde se bailaba, vi que allí sobre una especie de pista de baile de barro apisonado detrás de las chozas había ocho muchachas de más o menos diez años que estaban pataleando frenéticamente mientras bajo un colgadizo dos negros tocaban el tam-tam bañados en sudor. Las muchachas estaban desnudas salvo un pequeño triángulo de cuentas rojas, llevaban cuentas en el pelo, e hilos de cuentas les ceñían muñecas y tobillos, las muchachas pataleaban con los ojos cerrados, el mentón levantado, los brazos estrechamente pegados al cuerpo, habían sido frotadas con aceite, los pechitos, la cara, el abdomen y los muslos perlados de sudor. Yo miraba fascinado el ritmo de la danza, que seguía escrupulosamente el del tam-tam. En la fase lenta las muchachas contoneaban las





Constant

caderas, movimientos de lascivia carentes de lascivia, hacían pensar en algas marinas en agua quieta, pero al aumentar la velocidad del tam-tam unos compases después, se soltaba de pronto el resorte con que se les daba cuerda a las muñecas y los pequeños pies empezaban a batir sobre el piso de barro como palillos de tambor sobre un cuero tenso. De vez en cuando una muchacha abría los ojos pero su mirada era vacía como la de una culebra, atravesaba todas las cosas sin verlas, los músculos de las piernas funcionando frenéticamente, el resto del cuerpo estaba como tieso, el sudor fluía de sus pechos, respiraban jadeantes.

La *Gazza* había durado tres días y dos noches y entonces el tam-tam se calló. Media hora más tarde vino un negro a avisar que había llegado el momento. Salí para Gburutu. Delante de una choza habían construido un colgadizo provisional con palos y hierbas de la sabana, en el suelo había una estera de juncos, sobre la estera sentado un negro de pelo cano, llevaba puesto sólo un taparrabo, era repugnante. Estaba rodeado de cuatro viejas sentadas formando un medio círculo, tan arrugadas como el negro y con la piel sobre los huesos. Nadie me miró y el negro que me había hecho venir hizo un ademán de que debía esperar. Entonces se levantó una de las viejas y entró en la choza. Salió de allí trayendo a una muchacha de la mano. Era una de las muchachas a las que yo había visto bailando, la reconocí, pero ahora andaba tambaleándose como si estuviera borracha, lo blanco de los ojos enrojecido, por su boca pude ver que tenía mucha sed. Luego la acostaron boca arriba sobre la estera, una vieja se acurrucó a su izquierda y otra a su derecha, después el negro viejo tomó algo, era un pedazo de hierro afilado en punta, le abrieron las piernas a la muchacha, una mujer mantuvo una pierna y un brazo apretados contra el suelo, otra mujer la otra pierna y el otro brazo, la muchacha era bonita, tenía muslos esbeltos, piernas delgadas, los piecitos bien formados, y el negro viejo se sentó en el suelo acurrucándose como un mono, con dos dedos de una mano abrió la vulva de la muchacha, con la otra, la que tenía asido el pedazo de hierro, comenzó a cortar dando pequeños tirones y a cada tirón el cuerpo de la muchacha se estiraba un poco más, hasta formar un arco a varios centímetros del suelo, y cuando la sangre comenzó a manar, la muchacha orinó un poquito y cuando el viejo negro arrojó sobre la estera un sangriento pedazo de carne vi que de entre las nalgas de la muchacha empezaba a brotar lentamente algo de color café mostaza.

Durante este asesinato ritual la muchacha no había producido el menor ruido, ni siquiera en la última fase, cuando sola y vergonzosa hizo lo que más tarde, en una soledad diferente, habría de llevar a cabo una vez más.

Afectuosamente,
Jef.